

Pues hay quien prueba
Que mis versos son ruido
Que el aire lleva.

Mas si el eco te halaga
De mis canciones,
Abre las celosías
De tus balcones;
Abre y el viento,
Llevará mis cantares
A tu aposento.

Solo al aire mi canto
Fiarse puede.
¡Quiera Dios que en el aire
No se me quede,
Y que los sonos
De mi voz no se estrellen
En tus balcones!

Te le envío de noche
Porque entre el sueño
Te parezca mi canto
Mas halagüeño.
Su poesía
La noche misteriosa
Dará á la mia.

Llegará á tí en la sombra
Mi cantilena
Al són de los gorgoros
De Filomena:
Y mis primores
Suplirán con sus trinos
Los ruisenores.

Porque arome las notas
Del canto mio
Con el aura de mayo
Te las envío:
Y mensajera
Será así de mis versos
La primavera.

Anhelara, Teresa,
Mi ambicion loca
Que aplaudiera mis versos
Tu dulce boca:
Mas van perdidos
Y felices si llegan
A tus oidos.

De noche te los canto;
Si dante enojos
No lo verán al menos
Mis propios ojos:
Y tu desaire
Con mi cántico inutil
Llevará el aire.

Al enviarte estas rimas
Menesterosas,
Bien quisiera que fuesen
Perlas ó rosas,
Aunque concibo
Que en tu labio sean perlas
Las que te escribo.

El aliento que exhala
Tu linda boca
Trueca en flores la esencia
De cuanto toca:
Por eso fio
En que se tornen flores
Las que te envío.

EN UN ALBUM.

ORIENTAL.

Cuentan los magos, gentil señora,
Que hay una fuente junto á Basora
Bajo cuya agua tal vez se cria
Fecundizada por su onda pura,
Una flor solitaria é inodora,
Esquiva al sol del dia,
Que se llama *la flor de la ventura*.

Cuando algun mago, gentil señora,
De aquellos sabios que hay en Basora
Coge esta planta desconocida
Y la dá en prenda de amistad pura;
Esta flor solitaria é inodora,
A quien es ofrecida
Lleva el amor, la paz y la *ventura*.

El que posee, gentil señora,
Esta sagrada flor de Basora,
El campo estéril de nuestra vida
Cruza con planta firme y segura:
Y cuanta hiel y mal en sí atesora
La terrenal guarida
Se torna para él miel y *ventura*.

¡Ah! si yo fuera, gentil señora,
Un mago de esos que hay en Basora,
Su flor sagrada recogeria
Y en prenda santa de amistad pura
Te la ofreciera en el lugar que ahora
Esta ruin poesía
Que busca en tu acogida su *ventura*.

Benigna admitela, gentil señora,
Y plegue al cielo, que desde ahora,
Esta sencilla memoria mia
Bálsamo sea de tu amargura
Cual la flor de los magos de Basora,
Y que esta poesía
Sea la evocacion de tu *ventura*.

LA GUIRNALDA.

SERENATA ORIENTAL,

A LA GUY STEPHAN.

Mariposa
Revoltoza,
Tiende tus alas de oro y de gualda;
Bella ondina
Nacarina,
Desplega al viento tu suelta falda;
Voluptuosa
Bailarina

De ojos de cielo y nevada espalda,
Deja que bese tus piés de rosa,
Y que á tu nombre, Guy peregrina,
Tejan mis versos una guirnalda.

Hija ligera del aura leve,
Hada querida de los amores,
Cuando tu cuerpo gentil se mueve,
Cual mariposa rica en colores
Tus piés no quitan su ampo á la nieve
Ni sobre el tallo doblan las flores.
¿Quién de tu gracia no se enamora?
Hija del aire, ¿quién no te adora?

En sus giros airosos
Tu cuerpo toma
Los contornos graciosos
De la paloma.
Tu cuello esbelto
Vá como el de los cisnes
Flexible y suelto.

Voluptuosa
Bailarina, etc.

Cuando á la escena tu cuerpo asoma
Y ante mis ojos girando pasas
Vapor de lago ó humo de aroma
De tu ropaje creo las gasas,
Y á las huries que vió Mahoma
Juzgo á par tuyo de gracia escasas.
¿Quién de las tuyas no se enamora?
Hija del aire, ¿quién no te adora?

Tu cintura se cimbra
Como las palmas:
Tu sonrisa se lleva
Presas las almas.
Donde tú pisas
Nacen matas de aloés
Y minutisas.

Mariposa
Revoltoza,
Tiende tus alas de oro y de gualda;
Bella ondina
Nacarina,
Desplega al viento tu suelta falda;
Voluptuosa
Bailarina
De ojos de cielo y nevada espalda,
Cuando á otros climas vuelas dichosa
No olvides nunca, Guy peregrina,
Que mis cantares son tu guirnalda.

EL WALS.

Coro. El wals es sin duda
Del diablo invencion.

¡Qué horrible volteo!
¿Do vá con tal prisa
Sin ver donde pisa
De incógnita gente
Tan raudo alubion?
¡Qué son! ¡qué mareo!
Aturde el sentido,
El paso y el ruido
Que lleva insolente
Cruzando el salon.

Coro. El wals, etc.

¿Qué impura amalgama
De gente y colores!
De tocas y flores,
Del claustro y el siglo,
Fatal confeccion.
El monge á la dama
Se lleva volteando,
Vá Vesta abrazando
A un fiero vestiglo
Que espanta el salon.

Coro. El wals, etc.

Con mil impresiones
Risueñas, funestas,
Tas varias y opuestas,

Vacila y se embriaga
La fé y la razon.
Parecen visiones.
Con que hórrida niebla
La atmósfera puebla
En noche que amaga
Borrasca y turbion.
Coro. El wals, etc.

¡ Cuán rápida avanza
La turba inconstante!
Ninguno delante
Señala la pista
Que sigue el monton.
¡ Diabólica danza!
¡ Horrible volteo
Que causa mareo,
Que nubla la vista,
Que aturde el salon!

Coro. El wals, etc.

No existen figuras
En ese volteo:
No hay trenza, paseo,
Saludo, balanza...
Les lleva el turbion
Cual vá por las puras
Regiones del viento
Cometa violento
Que en círculo avanza
Region á region.

Coro. El wals, etc.

Diabólica rueda
Que fin no halla nunca,
Que en nadie se trunca
Ni nadie hace en ella
Cabeza ó rincon.

Redonda vereda
Que en círculo eterno
Encierra un infierno
Que sigue una huella
De piés en monton.

Coro. El wals, etc.

¡ Girad, criaturas!
¡ Sin término fijo!
Girad con prolijo
Audaz insaciable
Y ardiente teson.
Cual vá por las puras
Regiones del viento
Cometa violento
Que avanza incansable
Region á region.

Coro. El wals, etc.

DESDE

EL MIRADOR DE LA SULTANA.

(Granada. — Mayo 1846.)

¿ Quién no te cree, Señor, quién no te adora,
Cuando á la luz del sol en que amaneces
Ve esta rica ciudad de raza mora
Salir de entre los lóbregos dobleces
De la noturna sombra, y á la aurora
Abriendo sus moriscos ajimeces
Ostentar á tus piés lozana y pura
Perfumada y radiante su hermosura?

Yo te adoro, Señor, cuando la admiro
Dormida en el tapiz de su ancha vega;
Yo te adoro, Señor, cuando respiro
Su aura salubre que entre flores juega;
Yo te adoro, Señor, desde el retiro
De esta torre oriental que el Dauro riega;
Y aquí tu omnipotencia revelada
Yo te adoro, Señor, sobre Granada.

Bendita sea la potente mano
Que llenó sus colinas de verdura,
De agua los valles, de arboleda el llano,
De amantes ruiseñores la espesura,
De campesino aroma el aire sano,
De nieve su alta sierra, de frescura
Sus noches pardas, de placer sus días,
Y todo su recinto de armonías.

Yo te conozco ¡ oh Dios! en los rumores
Que á este árabe balcon me trae el viento,
Perfumado entre pámpanos y flores!
Y armonizado con el grato acento
De las aves de abril. Tantos primores
Producto son de tu divino aliento,
Porque á tu aliento creador se aliña
Con sus mejores galas la campiña.

Tú soplas ¡ oh Señor! desde la altura,
Y saltan los collados de alegría,
Y se cubre de flores la llanura,
Y se llenan los bosques de armonía,
Y se aduermen las aguas en la hondura,
Y sin nublados resplandece el día:
Que en tus ojos la vida reverbera
Y es tu aliento, Señor, la primavera.

Y no hay region recóndita en el mundo
En donde mas tu majestad se ostente,
Donde sea tu aliento mas fecundo,
Ni la tierra en tu prez mas diligente.

Señor, tú estás aquí; tú en lo profundo
Del corazon de su cristiana gente;
Tú estás aquí; tu trono y tu morada,
Tras este cielo azul, sobre Granada.

Dame, ¡ oh Señor! de querubin aliento
Porque pueda esta vida transitoria
Emplear en cantar con digno acento
En medio de este eden tu inmensa gloria:
Y al lanzar desde aquí mi voz al viento
Dando á Granada su oriental historia,
Purifique, Señor, mi arpa cristiana
El impúdico haren de una sultana.

AL RENACIMIENTO DEL LICEO.

HIMNO.

Música del Sr. Don Emilio ARRIETA.

Coro. La aurora apetejada
Anuncia un nuevo sol:
Recobra nueva vida.
El númen español.

Templo del arte espléndido,
Alcázar de la gloria,
Comienza nueva gloria
Para el Liceo ya.
Fénix, renace fulgido
De su mortal ceniza:
Rosal, aromatiza
La tierra donde está.

Brilló cual sol vivífico
En nuestra España un día;
Le dió la poesía
Su noble inspiracion.
Dióle su acento armónico
El canto, y su dulzura;
Su magia la pintura;
El arpa real su són.

La juventud, que unánime
Le congregó en su templo,
Tomó del justo ejemplo;
Del sabio ilustracion:
Y al acatar el código
De sus prudentes leyes,
Diéronle honor sus reyes,
Su pueblo admiracion.

Mas tarde.. el loco vértigo
De la civil discordia,

Su fraternal concordia
Desniveló por fin;
Y en vez del dulce cántico
Con que admiró la tierra
Tronó llamando á guerra
Desgarrador clarín.

Pero en la noche lóbrega
De lid tan fratricida
Brilló con luz de vida
Su faro salvador:
Y de Isabel al hábito,
Que vida y luz derrama,
Brotó con nueva llama,
Y claridad mayor.

De oro las puertas ábrense
Del templo solitario:
Abierto está el santuario;
Ven, pues, ¡ oh juventud!
La fé, la ciencia altísima
Ilustren nuestra historia;
Ven, sí, que nunca hay gloria
En donde no hay virtud.

Coro. La aurora, etc.

CANCION CARNAVALESCA.

Música del Maestro IRADIER.

Coro. La noche es corta, gocemos
De la máscara á favor;
Audaces profundicemos
Los misterios del amor.

¿ Me conoces? — No. — ¿ Qué im-
Dame el brazo y ven conmigo: [porta?
Mas mira que no me obligo
Ni un día á guardarte fé.
Si algun placer verdadero
Gozamos aquí ¡ oh sultana!
Olvídalo tú mañana,
Que yo no me acordaré.

Coro. La noche, etc.

Si tienes de luz los ojos,
De nieve el tornátil cuello,
Y de azabache el cabello,
Y palabras de pasion;
Si es blanca tu linda mano
Y es esbelta tu cintura,
Adoraré tu hermosura
Aunque. esté sin corazon.

Coro. La noche, etc.

El amor es una farsa,
Y el capricho que le inspira
Es tal vez una mentira
Hija de nuestra ilusión.
Seas quien quieras, esta noche
Yo te idolatro, sultana,
Aunque no llegue á mañana
La fé de tu corazón.

Coro. La noche, etc.

JEREZ Y BORGOÑA.

WALS COREADO.

Música del Maestro IRADIER.

Venid y enterremos los viejos pesares
Debajo la alfombra, y entremos despues
Bailando sobre ella sin cuitas vulgares
Cual gente que lleva la vida en los piés.
Si acaso sin fuerzas el frío os mantiene
Jerez y Borgoña calor nos darán;
Bebamos, cantemos, que el alba se viene,
Y es corta la noche segun nos la dan.
¡Jerez y Borgoña! con estos aliados
Que venga si quiere rastrero el dolor.
¿Qué pueden con ellos los ojos turbados
Mirar que no sea contento y amor?

La falsa careta que cubre el semblante,
Que turban los celos ó alegra el placer,
La tierna mirada, la lumbre brillante
Que radian los ojos no puede esconder.

Si dar con un rostro nos es imposible,
Los ojos al menos huir no podrán;
¡Bebamos, cantemos! que al fin es creíble
Que en noche tan larga milagros se harán.
¡Jerez y Borgoña! con estos aliados
No hay miedo á engañoso disfraz ni color.
¿Qué pueden con ellos los ojos turbados
Hallar que no sea contento y amor?

Las bellas visiones que vagan errantes,
Que todas parecen la nuestra al pasar,
Harán que olvidados al fin los semblantes
Podamos á cuenta cualquiera tomar.

Si el nuestro se pierde, que vaya en buen
hora.
¡Por Dios que la noche no se ha de perder!
¡Bebamos, cantemos! ¡Quién hoy se ena-
mora,
Por bello que sea, del rostro de ayer?

¡Jerez y Borgoña! con estos aliados
No importa semblante, disfraz ni color.
¿Qué pueden con ellos los ojos turbados
Mirar que no sea contento y amor?

EPITAFIO.

EN EL SEPULCRO DE UN NIÑO.

Nada queda de mí sobre la tierra:
El leve polvo que mi tumba encierra
Convertirá el abril en frescas flores
Y el cielo dió á mi alma eterno asilo.
Cristiano corazón, pasa tranquilo
Junto á mi tumba: pasa, y no me llores.

EN EL ALBUM.

DE LA SEÑORA DOÑA ADELAIDA O-DENA.

Te tengo comparada,
Rubia señora,
Con montaña nevada
Que el alba dora.
Tu blanca frente
Tu cabellera ciñe
Resplandeciente,

Como la cumbre de los montes tiñe
El oro de la luz del sol de oriente.

Humana criatura
Te cree la tierra:
Mas algo tu hermosura
De ángel encierra;
Porque tu frente,
Coronada de rizos
De oro luciente,

Vá cual la de los ángeles orlada
Con aureola de luz del sol de oriente.

A MI MUGER.

¿Qué sin tí fuera de la vida mía
La enojosa y larguísima carrera?
¿Sin tí de mi pesar y mi alegría
Compartidora siempre y compañera?

¿Qué ha sido sin te amor, ni que sería
Mi existencia pasada y venidera,
Sin tí, mitad de mi alma, esencia pura
Que derrama el consuelo en mi amargura?

Oye, Matilde mía. Tu cariño
Santo, tranquilo, indisoluble, tierno
Me es necesario al alma como al niño
La leche maternal; vive en lo interno
Del corazón sin falsedad ni alíño
Dominador, inestinguible, eterno,
Solo, como señor, en su palacio
Ocupando tenaz todo su espacio.

En el bien y en el mal, en la distancia
Lo mismo que en tu dulce compañía,
Tu amor, flor de suavísima fragancia,
Embriga con su aroma el alma mía.
Del corazón humano la inconstancia
En vano por ahogarle pugnaria:
Y si tal vez contra tu amor batalla
Siempre vence tu amor y le avasalla.

No hay para mí imposible si lo pide
Tu amor, no hay bien por él que no abandone
No hay ofensa por tí que yo no olvide, [ne:
No hay injuria por tí que no perdone:
No hallo placer como en tu amor no anide,
Ni amor concibo si á tu amor se opone:
Mas quiero vivir solo en tu memoria
Que henchir el mundo de brillante gloria.

A MADEMOISELLE DE N.

Dios puso en su garganta
La misma voz que inspira
Al pájaro que canta
Y al aura que suspira.
El eco de su acento
Remeda el són suave
Del susurrar del viento
Y del cantar del ave.
Si Dios privado hubiera
De claridad mis ojos
Y verte al escucharte no pudiera,
Los dulces ecos de tu voz creyera
De una ilusión quiméricos antojos.

¿Oís ese murmullo
Que llega á nuestro oído
Cual amoroso arrullo
De tórtola que llama
Desde el suspenso nido

Al pájaro que ama?
Pues es su dulce acento:
Su voz que es mas suave
Que el susurrar del viento
Y que el cantar del ave.

¿Oís esa armonía
Que el ánimo embebece
Y cuyo són parece
Mejor que voz humana, melodía
De ruiseñor que en la floresta mora
Y cuyo canto al despuntar la aurora
La luz bendice del naciente día?
Pues es su dulce acento,
Su voz mucho mas suave
Que el susurrar del viento
Y que el cantar del ave.

¿Oís ese sonoro
Encantador susurro que semeja
Al de las alas de oro
De la afanosa abeja
Que de la miel buscando
El virginal tesoro
De una en otra flor pasa volando
Y ya las acaricia ya las deja?
¿De dónde se os figura
Que nace ese sonido,
Ese rumor de armónica dulzura
Que encanta nuestro oído?
Pues nace de su acento,
De su voz que es mas suave
Que el susurrar del viento
Y que el cantar del ave.

LA VIUDA DE MANASES,

FRAGMENTO DE UNA LEYENDA BÍBLICA.

HOLOFERNES, GENERAL DE LOS ASIRIOS,
— AMIRIS.

Delante de su ejército ganaron
Largo trecho los dos y la llanura
Del campo de Esdremon atravesaron,
Y en la silvestre y fértil espesura
De las montañas ásperas tocara
En cuya amena soledad oscura
De esta manera á platicar tornaron:

Hol. ¿Con que ya de Israel pisamos
tierra?
Amiris Esta es de Dotain la gran cam-
piña,

En cuyo seno pródigo se encierra
La doble mies y la fecunda viña.

Hol. ¿Y aquí nace aquella uva prodigiosa
Que alguna vez en Nínive gustamos
Del rey en los festines?

Amiris. Aquí nace.
Tiende la vista ansiosa

En rededor de tí y miralo. Estamos
Donde con cinto de montañas hace
Sus límites Judá, y aquellos muros
Que levantarse ves sobre la sierra
Los de Betulia son.

Hol. ¿Betulia dices?
¡Oh! ¡mil veces soné con esta tierra!
¿Que esta es Betulia?

Amiris. Si.

Hol. Nuevas felices

Me das, y el corazón dentro del pecho
Me salta de alegría,
Centro á tanto placer hallando estrecho.
¡Salve, Betulia mía!
¡Salve, ciudad hermosa del oriente;
Blanca perla escondida en la montaña
Tras cuya erguida y torreada frente
Nace la luz que el universo baña!
¡Salve! y no temas de mi armada gente
Las armas nuevas, y la lengua estraña,
Que todo este aparato de pelea
Solo guerra de amor trae á Judea.

Amiris. ¡Señor!

Hol. Silencio, Amiris: de mi labio
Saltaron indiscretas las palabras,
Mas ábreles sepulcro si eres sabio
Dentro del corazón ó te le labras.

Amiris. ¡Que así me hables, señor,
cuando en mi pecho

Solamente amistad franca y sincera
Para tí guardé siempre!

Hol. No sospecho

De tí; perdona, Amiris, esta fiera
Pasión que me devora
Y que dentro de mí vivió hasta ahora.

Amiris. ¡Pasión!

Hol. No, dije mal, voraz hoguera,
Fuego que oculto en mis entrañas vive,
Que calma ni frescor jamás recibe,
Y á cuya llama mi vivir consumo,
Pues ni aun puedo dejar que lance fuera
En suspiros y lágrimas el humo.

Amiris. ¡Tú amas!

Hol. Con amor tan impetuoso
Que las riquezas, el honor, la gloria
No tuvieron aliento poderoso

A echar á una muger de mi memoria.

Amiris. ¡A una muger!

Hol. De este país.

Amiris. ¿Hebrea?

Hol. Si, pero mas hermosa y peregrina

Quel el sol que en el oriente centellea
Y cuanto con sus rayos ilumina.

Amiris. Jamás aquí moraste.

Hol. Mi destino

A Nínive la echó. Parientes suyos
A rescatar del cautiverio vino,
Y al rey habló y la hablé: respetuosa
Mi poder invocó; servila luego:
Sus parientes salvó por ser hermosa,
Mas por mirarla yo sentíme ciego.

La busqué, la seguí, la hablé amoroso;
Rigurosa la hallé más cada día:

Idolo la erigi del alma mía;
Pero el tiempo perdí, perdí el reposo:

De Nínive partió con cauta huella
Mi corazón llevándose tras ella.

Dulce recuerdo de agradable sueño
Su imagen vive en mi memoria, illesa;

Mas otra sombra de terrible ceño
Entre ambos enojada se atraviesa.

Nabucho-Donosor con necio empeño
Por esposa me ofrece una princesa,

Y este, que un día ambicionar me plugo,
Hoy me parece insoportable yugo.

Amiris. ¿Y en la misma balanza

Una loca pasión pones osado

Con la sacra privanza

Del monarca de Asiria? ¿Has olvidado

Que de todo su ejército caudillo

Vienes á estos lugares

Solo á su gloria á levantar altares

Y con paz ó con guerra

A ley de la razón ó del cuchillo

A proclamarle Dios, rey en la tierra?

¿Has olvidado que si tal secreto

Se huera de tu labio en Babilonia,

Por él quedarás á morir sujeto

En horca vil y torpe ceremonia?

Hol. Por eso le oculté tan cuidadoso

Mientras en la corte ninivita anduve:

Por eso me empecé tan afanoso

Mi cargo en obtener, y al fin le obtuve:

Mas hoy lejos de Nínive, seguro

Puedo ya respirar: franco mi aliento,

No en alta noche entre doblado muro,

Sino á la luz del sol y al aire puro

Puede manifestar mi pensamiento.

Sí, yo amo á una muger israelita

Y es su amor para mí mayor tesoro

Que la sacra princesa ninivita

Que el rey me ofrece con palacios de oro.

Amiris. Te oigo y apenas lo que dices creo;

El rey te trata como á igual; te brinda

La mano de hermosísima princesa,

Su ejército te dá, te dá su mesa

Y no concibo bien que este no rinda.

Cuanto ha la vida para ser preciada

No vale de tu rey una mirada.

Hol. Y una mirada de la hermosa hebrea
Vale más para mí que el mundo todo;

Y esa pompa imperial que le rodea

Puesta á su lado me parece lodo.

¿Me ves cuando en mi carro rutilante

Arrebatado de veloz cuadriga

No hallo enemigo que me esté delante

Ni esforzado varón que mi pié siga?

¿Quién piensas, di, que esfuerza mi bra-

[vura

Que las contrarias huestes atropella?

¿Por quién crees que mi vida se aventura?

¿Por el honor de Asiria? No: por ella.

¿Me ves cuando de pié sobre un escudo

De toda una nación al clamoreo,

De cien clarines entre el són agudo

Después del triunfo conducir me veo?

¿Por quién entonces mi cerviz erguida

Con noble orgullo militar descuello?

¿Por quién aprecio mi gloriosa vida?

¿Por el honor de Asiria? No: por ella.

¿Me ves cuando ceñido de aurea ropa,

En el festin de mi señor tendido,

Asida con los labios la ancha copa

Mantengo largo trecho distraida?

¿Crees que me arroba el cortesano incienso?

¿Que el pisar me enloquece donde él huella?

¿Creiste que es en lo que entonces pienso

Nabuco-Donosor? No; pienso en ella.

Y por ella de Nínive me alejo,

Por ella multiplico mis hazañas,

Por ella el fausto y las grandezas deo

Porque ella es el amor de mis entrañas.

Amiris. Indigna es de un guerrero tal

[flaqueza,

Ajena tal pasión de un cortesano,

Y es fácil que te cueste la cabeza

Si llega hasta el oído soberano.

Hol. Llegará cuando llegue con tal ruido.

Que al comprender la temeraria idea

Va encontrará su imperio dividido,

Y en frente de su Asiria mi Judea.

Amiris. ¡Dioses!

Hol. En tu alma mi secreto encierra:

Yo sus estatuas alzaré á millares,

Yo le proclamaré rey en la tierra,

Mas justo es que á mi amor preste su

[guerra

Una corona entre sus mil altares.

Te ofrezco mi amistad; y piensa al cabo

Que yo te llamo en mi poder amigo

Y en su real poder te llama esclavo.

Séme fiel, y oye bien lo que te digo:

Escudo de mi rey, en mi se fia:

Idolo de su ejército, me adora:

Alentado de amor, la fuerza es mía:

Yo abarco al real poder en este día,

Yo soy Nabuco-Donosor ahora.

Alcense, pues, aquí los blancos linos

De las asirias tiendas; y prudentes

Franqueemos desde aquí nuestros caminos

Y el intento sepamos de esas gentes.

Esto quise decirte y para esto

Quise solo avanzar aquí contigo;

Elige, pues: mi víctima ó mi amigo.

Amiris. Nací contigo, junto á tí es mi

[puesto.

Hol. Y no te ha de pesar cuando se vea

Enfrente de su Asiria mi Judea.

Dijo: y á una señal de su aurea trompa

Los ecos de los montes despertaron:

Y con soberbia y belicosa pompa

Sus tiendas los asirios levantaron.